

Diócesis de San Fernando de Apure



CATEQUESIS SOBRE EL “SAGRARIO”.

La noche en que fue entregado, celebró Jesús una cena con sus amigos, instituyendo de esta manera la Sagrada Eucaristía o Santa Misa, Sacramento admirable que significa y realiza la unión del cristiano con Dios y con sus hermanos, que perpetúa el sacrificio de Jesucristo en la Cruz y es, a la vez, memorial de su Resurrección (Cf. Catecismo, N° 1323).

Cada vez que celebramos la Misa, Él mismo es quien nos habla y nos sirve la Mesa para que nosotros, “participando de ella, asumamos su misterio Pascual” (*Aparecida* 251). Ahora bien, esta presencia viva y real de Jesús en la Eucaristía, no se limita al tiempo que dura la Celebración litúrgica. Al contrario, una vez que el pan y el vino son consagrados, la presencia del Cuerpo y la Sangre de Cristo “dura todo el tiempo que subsistan las especies Eucarísticas”. O, como enseñaba *San Cirilo de Alejandría*, al finalizar la Eucaristía “no se altera Cristo, ni se muda su sagrado Cuerpo, sino que persevera siempre en él, en el Pan Consagrado, y en Él actúan la fuerza, la potencia y la gracia vivificante”.

Esta es la razón por la que, desde la antigüedad, las comunidades cristianas guardaban con suma reverencia los trozos de Pan que se consagraban en la Eucaristía, primero en sus casas y luego en los Templos, en pequeños cofres que fueron evolucionando dando paso a lo que hoy conocemos con el nombre de “Sagrario” o “Tabernáculo”. En efecto, se trata de un pequeño recinto, a modo de caja o armario, donde se guarda la Eucaristía después de la celebración para que pueda ser llevada a los enfermos o puedan comulgar fuera de la misa los que no han podido participar en ella. La palabra “SAGRARIO” es ya una catequesis, pues indica que es el lugar donde se guarda lo más sagrado; y para nosotros los Cristianos, lo más Sagrado es Jesucristo Sacramentado.

Esta práctica Litúrgica tiene su origen en el Antiguo Testamento. El **tabernáculo**, llamado en hebreo **mishkán** (מִשְׁכָּן) es decir “morada”, fue el santuario móvil construido por los Israelitas en el desierto, durante el éxodo de Egipto, como lugar de adoración a Yaveh y en el que se resguardaban las Tablas de la Ley de Dios, la vara de Aarón y un pan de maná dentro del Arca de la Alianza (*Éxodo* 25,8).

A mediados del siglo X a.C. el Tabernáculo dejó de ser una tienda de campaña móvil y pasó a ser un espacio físico del Majestuoso Templo de Jerusalén, construido por el Rey Salomón, en el cual había un recinto llamado “El Lugar Santísimo”, separado de los otros ambientes por un Velo o Cortina y donde sólo entraba el Sumo Sacerdote de la Antigua Alianza una vez por año. Según describe el Libro de la Carta a los Hebreos en este Lugar Santísimo había “un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio” (9,3-5).

La misma carta a los Hebreos (8,1-5) enseña que Jesucristo es el “verdadero tabernáculo, erigido por el Señor, y no por hombre alguno”. Él se nos da en el Sacramento de la Eucaristía; por eso, nosotros los cristianos católicos, adoramos en Espíritu y en Verdad, aún después de la Misa, esa presencia suya que es custodiada en cada sagrario de la Tierra. La llama que arde continuamente en el Sagrario y las flores que lo adornan, la pulcritud de los manteles y la limpieza del lugar son signos visibles de la realidad Divina que custodia el Sagrario. Decía el Papa Pablo VI: “el sagrario es el corazón vivo de cada una de nuestras iglesias”.

Ender Moissant – Octubre 2009